



Columna



César Trabucco
 Sociólogo

El caballito de Troya

Desde sus orígenes, Antofagasta ha estado marcada por el impacto de la minería. Su condición de bahía cercana a los yacimientos le infringió en su partida de nacimiento la condición de puerto despachador y con ello su destino quedó determinado hasta que se agote la veta cualquiera sea esta.

Los vaivenes de los ciclos del guano, el salitre, el cobre, y ahora el litio han ido marcando en este puerto su impronta dejando con lógica de palimpsesto las distintas etapas y momentos por los que la ciudad ha pasado de acuerdo a lo que el ministerio de hacienda y el de minería se les ha antojado infringir a la ciudad.

Desde el cierre del salitre Antofagasta fue creciendo a punta de tomas que surgieron de los empampados de las oficinas de nuestros cantones que golpeados por el salitre sintético bajaron al puerto como una marea de desempleo y desaliento obligando al puerto a incrementar su ya inorgánico crecimiento.

Luego de largas décadas de demandas por frontera libre alimenticia, agua potable y precios razonables la ciudad vio con esperanza la llegada de la minería privada que venía a desplazar la actividad portuaria como industria principal.

Pero, como presente griego, este obsequio traía en sus entrañas el aviso de muerte definitivo a nuestra condición de ciudad con proyección. Nuestro futuro quedó sellado cuando alguien, no importa quien específicamente, decidió el famoso y fatal 7 por 7, el sistema de turnos en la gran minería que de un día para otro

nos transformó de ciudad en aeropuerto.

Efectivamente si observamos friamente las cifras de la región y particularmente las de Antofagasta veremos un fenómeno de mutación demográfica preocupante. Este proceso que se traduce en que la población de la región y Antofagasta crece por la inmigración que nos acosa día a día y por otro lado los antofagastinos propiamente tales disminuyen en cifras importantes en este último tiempo.

Si los antofagastinos, aquéllos que nos sentimos como tales y que podemos mostrar una trayectoria de generaciones en este lugar, llegado el momento de la jubilación o con un poco de suerte antes, están cada día emigrando al sur del país donde hay hospitales, escuelas, autopistas y todo aquello que caracteriza a ciudades que viven al nivel que los ingresos del cobre y el litio del país permiten.

Nosotros, el puerto campamento, estamos creciendo alrededor del aeropuerto que será dentro de poco la principal actividad de la ciudad en la medida que los transmutados sigan creciendo con los nuevos proyectos mineros con los que nos amenazan. Si nos amenazan porque cada proyecto trae consigo la aceleración del proceso antes señalado. Ya llegaran a ofrecernos más camarines para las enterradas canchas y algunas duchas sin agua caliente por el precio del gas.

Mientras tanto, continua el proceso, exigiremos seguir siendo llamados la capital minera del país y el mundo. ¡Y que fue!